

PICASSO Y ESPAÑA

José Manuel Pita Andrade

Nos llena de estupor la noticia de la muerte del más extraordinario artista del siglo XX. Porque con él parece que se nos va lo que es esencial a la pintura de nuestro tiempo: su ímpetu renovador, su juvenil proyección hacia formas nuevas.

Ninguna época ha sido tan rica en hallazgos y nadie los realizó de modo tan denso y generoso como Pablo Picasso. Un español, uno más entre muchos, que dejó fuera de España la huella profunda de su paso por la vida. Tanto que muchas gentes de fuera han llegado a ignorar su origen y para vergüenza nuestra, no han faltado quienes dentro han querido repudiarlo. El hecho de que haya rechazado hasta última hora la ciudadanía francesa, muestra de modo terminante cómo le ataba el país que le vio nacer. Estos vínculos permanecieron siempre por encima de las contingencias que le tuvieron la mayor parte de la existencia lejos de España. Y estas contingencias, importa mucho decirlo, no fueron sólo de orden político. Es cierto que nuestra guerra civil fue la causa de que no se decidiera a cruzar la frontera desde hace 37 años. Pero ya antes de 1936 habría fijado su residencia en el país vecino. ¿Por qué entonces insistir en su condición de español? Porque el genio de Picasso no se podría explicar sin tener en cuenta la sangre que corría por sus venas; y fueron los críticos de arte franceses los primeros en considerar este hecho. A la vez es indispensable situarlo en lo que suele llamarse (de modo bien impreciso por cierto) la "escuela de París". El trasplante resultó fecundo para el porvenir del arte europeo.

¿Qué momentos interesan más, en la trayectoria vital del artista, desde un ángulo español? Primero, como es lógico, ha de aludirse a los años de niñez y mocedad, vividos en tres puntos extremos de España. Málaga, donde nació en una casa de la amplia plaza de la Merced, fue el escenario de sus primeras intuiciones de lo que era dibujar; Lafuente Ferrari, en un bello trabajo, ha sabido valorar la huella de Andalucía en unos pocos años que van desde 1881 a 1894, en que se impuso el traslado a la Coruña. En Galicia, como alumno aventajado de la Escuela de Artes y Oficios, comenzó a prodigarse en una serie de apuntes, donde precozmente se asomó a la realidad. Pero fue en Barcelona donde se completó la primera formación, ese período que Cirici Pellicer tituló con Fortuna de "Picasso antes de Picasso".

Ya dentro de nuestro siglo, después de conocer París, hay que descubrir el impacto que recibe en Francia, lográndose una feliz simbiosis. Del incisivo realismo que triunfa en el prodigioso retrato de "La Celestina" (una mujer catalana) como el mejor fruto de la época "azul", se pasa, con una breve transición "rosa", al cuadro más revolucionario del siglo XX, fechado en 1907: "Las señoritas de Aviñón", consecuencia de un viaje por los Pirineos y evocación (tras varios ensayos intermedios) de una casa de vida no edificante en la calle de Aviñón de Barcelona. Y así la gestación del cubismo tuvo mucho que ver con España aunque una experiencia tan trascendental no hubiera sido imaginable sin otros poderosos estímulos. Pero el cubismo, cristalizado en esta pintura y en otras de tema español como los paisajes de Horta de Ebro, son un episodio, no una meta, en el arte de Picasso.

En los lustros que se extienden desde la primera guerra mundial a 1936, los contactos con España son frecuentes. Y en su obra ya multiforme menudean temas hispánicos. Varias series de dibujos nos enfrentan con la llamada "fiesta nacional". El toro y el caballo heridos, rebelándose a morir, son los grandes protagonistas. Hay en la visión de estos animales como una premonición de la tragedia española. Y por eso ese grito desahogado de dolor que se impone en "Guernica", el inmenso cuadro de nuestra guerra civil, está dominado por la presencia del caballo y del toro, con toda su violencia expresiva, en medio de una alucinante búsqueda de luz con seres humanos que se agitan convulsos, procurando la vida desde los límites de la muerte. Ninguna obra más llena de talante español y a la vez más universal. La grandeza de este cuadro, desprovisto de toda anécdota, circunstancial, reside en haber sabido plasmar el inconmensurable drama de un país como anuncio del que iba a vivir la Humanidad entera.

Después de la segunda guerra mundial Picasso no dejó de sentirse atraído por los temas españoles. Como ilustrador de los sonetos de Góngora o del Quijote, o nuevamente, de la fiesta de toros. Al aludir a la guerra de Corea lo hace inspirándose en los "Fusilamientos" de Goya. Interpreta de modo personalísimo al Greco, a Murillo y, sobre todo, a Velázquez. El ciclo de "Las Meninas", realizado en el otoño de 1957, es el más radical testimonio de la sugestión que siguen ejerciendo sobre él los lienzos que había contemplado en el Museo del Prado (del que fue nombrado director durante la guerra) en sus años mozos.

Si alguna duda nos quedara de los lazos que le unen con su patria, sobre todo con Cataluña, se disiparía contemplando el copiosísimo donativo de obras hecho a la ciudad de Barcelona, dando origen hace un lustro a un museo propio, el más visitado de la urbe.

España, a través de la pintura del genial malagueño, penetró en el arte europeo del siglo XX. Goya, muerto hace 145 años, también en Francia y como Picasso en un día de abril, había realizado otro milagro: que la pintura contemporánea se iniciase en España.